



Universidad de Navarra

ESENCIA, CAUSAS Y VIGENCIA
DEL ANARQUISMO

José Ocariz*

DOCUMENTO DE INVESTIGACION N° 61
Julio, 1981

* Profesor de Análisis Social y Económico para la Dirección, IESE

División de Investigación
IESE
Universidad de Navarra
Av. Pearson, 21
08034 Barcelona

Copyright © 1996, IESE
Prohibida la reproducción sin permiso

ESENCIA, CAUSAS Y VIGENCIA DEL ANARQUISMO

Resumen

Este trabajo es continuación de los Documentos de Investigación del IESE n° 42, «El anarquismo en la historia», n° 37, «La ideología anarquista» y n° 41, «Otros autores anarquistas», y pretende servir como conclusión al tema.

ESENCIA, CAUSAS Y VIGENCIA DEL ANARQUISMO

A modo de conclusión (1), habría que plantearse e intentar contestar unas cuantas preguntas fundamentales:

¿Qué es, en esencia, el anarquismo? ¿Cómo y por qué nació? ¿Tiene todavía alguna vigencia? ¿Tiene perspectivas de futuro?

Antes de abordar estas preguntas, conviene hacer una consideración de carácter histórico; el anarquismo es un producto característico y específico del siglo XIX, aun cuando pueden encontrarse precedentes en el siglo anterior y movimientos anarquistas importantes perdurando hasta la guerra civil española de 1936. Por ello conviene describir, aunque sea brevemente, y así se hace a continuación, las características sociales de aquel siglo que constituirán el marco donde nacerá y se desarrollará el anarquismo.

En el período integrado por el último tercio del siglo XVIII y el primero del XIX, se produce una revolución social, de largo alcance, resultante de otras tres revoluciones que, al tomar como unidad de referencia el período en cuestión, pueden considerarse como simultáneas: una revolución industrial, una revolución ideológica y una revolución política.

Revolución industrial, por la profunda transformación que en los modos de producción se produce en este período. Se pasa del uso extensivo de la energía muscular al de la energía mecánica; del pequeño taller y trabajo a domicilio, a la factoría, donde en poco espacio se amontonan máquinas y hombres y donde la división del trabajo, y especialización consiguiente, despoja de contenido profesional a muchas tareas que pueden ser realizadas por obreros sin ninguna cualificación, particularmente mujeres y niños, cuyos salarios pueden ser más bajos. Esta revolución industrial hará que la productividad aumente enormemente, pero al coger por sorpresa a todo el cuerpo social produce en él una auténtica dislocación: fenómenos de desarraigo, insuficiencia de estructuras (vivienda, sanidad, etc.), junto con crisis frecuentes, paro, etc.

La revolución ideológica consiste en el rechazo intelectual de gran parte de los antiguos moldes sociales. Se rechaza el «antiguo régimen» rígidamente estratificado en lo social, «mercantilista» en lo económico y autoritario en lo político. En definitiva, se trata de la irrupción de la ideología liberal en un mundo al que las reglamentaciones asfixiaban, y de su aceptación por amplias capas de la sociedad, precisamente las más activas y preparadas. En este período, y como contrapunto, se produce también un resurgimiento poderoso de diversos colectivismos socialistas que, promovidos por intelectuales y políticos, penetran fuertemente en las masas trabajadoras. Entre estos socialismos hay que destacar, por el radicalismo de sus planteamientos, el marxismo y el anarquismo, también llamado socialismo libertario.

Por lo que respecta a la revolución política, ésta consiste en el acceso de la burguesía al poder. El poder político que hasta entonces tenía en sus manos la aristocracia, le es arrebatado por la burguesía. Ya no hace falta tener tierras y títulos para tener derecho a voto o ser candidato al Parlamento; basta con demostrar una aceptable cantidad de rentas o de pago de impuestos. Esta revolución política, violenta en el Continente, más pacífica en Inglaterra, estrechamente vinculada a la ideología liberal, hace posible la revolución industrial, y las tres en conjunto producen una profunda revolución social.

La burguesía ha arrebatado el poder político a la aristocracia, con la ayuda de los obreros, pero no lo comparte con ellos; por otra parte, esta burguesía liberal prohíbe y, todo lo más, a veces, tolera, la creación de asociaciones obreras; así, por ejemplo, en Francia, en 1791 se promulga la ley Le Chapelier, que prohíbe, como contraria a la libertad, cualquier asociación o ente que se interponga entre el Estado y el ciudadano.

Ante la compleja situación descrita, la reacción de los obreros tarda en adoptar caracteres de permanencia; en principio reaccionan espasmódicamente, dándose épocas de profunda agitación social y otras en que las aguas se remansan. Son frecuentes las coaliciones ocasionales que grupos de obreros organizan para luchas o reivindicaciones concretas, y que desaparecen una vez conseguido o fracasado el proyecto que las hizo nacer. Otra forma de reacción, digna de ser resaltada, es la de los «rompedores de máquinas» (los «ludditas» ingleses), que se origina al achacar los obreros la responsabilidad de su miseria, y muy especialmente del paro, a las máquinas; por ello responden con campañas de destrucción de éstas, que llegan a adquirir tal gravedad como para obligar a los gobiernos a decretar la pena de muerte para los causantes de estos destrozos. Y, también, es preciso anotar otra forma de reacción: la que se produce en Inglaterra con la agitación «cartista», que aun cuando dura poco más de diez años y termina en 1848, en el fracaso, tiene indudable importancia por ser el primer movimiento obrero que pretende alcanzar sus objetivos por la vía política, intentando llegar a compartir con la burguesía el poder que ésta había alcanzado en 1832.

Si a todo lo dicho se añade la presencia de los intelectuales, vertiendo sobre la sociedad multitud de ideas, frecuentemente contradictorias, que pretenden explicar las causas de los problemas planteados y cómo resolverlos, y se añade también la presencia de numerosos revolucionarios –viscerales unos, generosos y utópicos otros, sectarios e ignorantes la mayoría–, así como la miseria, la incultura, el desarraigo y la descristianización de gran parte de la población, se tendrá bosquejado el cuadro en el que nacen y se propagan las ideas y «espíritu anarquista» junto con otras ideas y movimientos sociales de carácter colectivista y radical.

Reflexionando ahora sobre la esencia y causas profundas del anarquismo, más allá de lo puramente descriptivo (2), se puede llegar, en primer lugar, a la conclusión de que el anarquismo es una «radical y dramática imposibilidad»: la del intento de hacer compatibles libertad personal e igualdad social, habiéndolas previamente absolutizado. Se trata de una imposibilidad radical, porque mientras exista libertad, existirá también desigualdad, y se trata de una imposibilidad dramática, porque dramáticas son las consecuencias de querer violentar la naturaleza de las cosas: la ley de la gravedad no deja de actuar porque suicidamente se la niegue.

La incoherencia interna del credo anarquista es tal que exige como característica de todo simpatizante, y tanto más cuanto más cultivado sea, una real y profunda incoherencia mental.

Otra característica común a todo anarquista, y la más específica, es su permanente e incondicional rebeldía frente a toda organización social, Estado, religión, etc.; por ello, cabría

preguntarse si se es rebelde por ser anarquista, o viceversa. Aun cuando la respuesta a nivel profundo, vital, frecuentemente afirme lo segundo, a nivel racional (el menos anarquista de los niveles), hay que afirmar que todo anarquista forzosamente será rebelde; puesto que en ninguna situación social podrá encontrar una igualdad y una libertad absolutas, siempre encontrará contenido objetivo para su denuncia: a unos acusará de egoístas y explotadores, a otros de autoritarios, y a unos terceros de ambas cosas. Su componente irracional le llevará a creer que la respuesta habrá que buscarla en otra forma de organización social.

Cabría, ahora, preguntarse sobre las razones por las que surgió, y con tanta fuerza, el anarquismo. Probablemente, y en síntesis, cabría decir que, junto con otras corrientes revolucionarias, fue hijo de un siglo profundamente revolucionario: el siglo de la revolución social; y si hubiera que destacar ahora los factores más importantes que confluyen en su nacimiento, habría que mencionar los siguientes: la miseria de unos, el lujo y derroche de otros, y la conciencia de ambas cosas; la ignorancia, el desarraigo, la escasa sensibilidad de las clases dominantes y de los poderes públicos, la pérdida de ideales religiosos, las aspiraciones a una vida mejor sin ver salidas pacíficas para ello, etc.

Y hoy, ¿tiene alguna vigencia, alguna relevancia, el anarquismo? ¿Tiene alguna perspectiva de futuro?

Es patente que el anarquismo, en cuanto movimiento social con cierta estructuración, no es ni la sombra de lo que fue; ha dejado prácticamente de existir. En cuanto al futuro, tampoco parece probable que vuelva a resurgir alguna forma más o menos «organizada» de anarquismo, ya que tampoco parece probable que retorne una situación social en la que, de nuevo, confluyan factores equivalentes a los del siglo XIX.

La actitud de rechazo de cualquier forma de autoridad y de desconfianza en la vía política es, quizá, lo más llamativamente anarquista, y muy frecuente, en las dos últimas décadas; sin embargo, no hay que dejarse deslumbrar por los sobresaltos épicos y juveniles de este fenómeno, ya que frecuentemente consisten en una mera manifestación de protesta ante una situación de marginación y frustración personal que desaparece al desaparecer éstos. Ahora bien, esto no quiere decir que el anarquismo haya perdido vigencia; una prueba de ello puede ser la presencia de ideas tradicionalmente vinculadas a las corrientes anarquistas en el seno de otras ideologías antagónicas, particularmente en el marxismo. Como ya se ha dicho anteriormente, gran parte de las ideas anarquistas (acción directa, autogestión...) han vuelto a adquirir relevancia hasta el punto de penetrar en los ambientes marxistas, originando numerosas variantes «neo-marxistas», «nueva izquierda», etc., que podrían calificarse de «anarco-marxistas». Por otro lado, no puede pasar inadvertido que el anarquismo, por ser el más humano, aun cuando el más ingenuo de los proyectos colectivistas, es susceptible de renacer, en una forma u otra, cuando la opresión o la desigualdad sean difícilmente soportables, pero su fatal destino le llevará a tener que morir, tan pronto haya nacido, víctima de su propia incoherencia. □

(1) Documento de Investigación nº 42, «El anarquismo en la historia», nº 37, «La ideología anarquista», y nº 41, «Otros autores anarquistas».

(2) Véase Documento de Investigación nº 42, «El anarquismo en la historia».